

Todo el mal venía de no haber renovado en tiempo oportuno una inscripción hipotecaria. Arnoux se encargó de aquella comisión y enseguida la había olvidado.

Federico se incomodó contra él y cuando pasó la cólera, dijo:

—¿Después de todo... qué? Si eso puede salvarle tanto mejor; no me moriré por eso; no hay que pensar más en ello.

Pero revolviendo sus papeles sobre la mesa encontró la carta de Hussonnet y vió la postdata en que no se había fijado la primera vez. El bohemio pedía cinco mil pesetas, cifra redonda para arreglar el asunto del periódico.

—¡Ahl! Lo que es este no me fastidia!

Y se negó brutalmente en una carta lacónica; después de lo cual se vistió para ir á la Maison-d'or.

Cisy presentó á sus convidados, empezando por el más respetable, un caballero grueso de pelo blanco:

—El marqués Gilberto des Aulrays, mi padrino. El Sr. Anselmo de Forchambeaux,—dijo después (era éste un joven rubio y flaco, ya calvo); luego, dirigiéndose á un señor de cuarenta años, de maneras sencillas:—José Boffreu, mi primo, y este mi antiguo profesor el señor Vezon, personaje mitad carretero, mitad seminarista, con grandes patillas y una levita larga, abrochada

en la cintura por un solo botón formándole pechera y pechuga.

Cisy esperaba todavía á uno, el barón de Comaing, «que quizás vendrá aunque no es seguro.» A cada momento salía, parecía inquieto; y por último, á las ocho entraron en una sala magníficamente alumbrada y demasiado espaciosa para el número de los convidados. Cisy la había escogido por bambolla, expresamente.

Véase un centro de plata sobredorada, cargado de flores y frutas, en medio de la mesa, que estaba cubierta de platos de plata, según la antigua moda francesa; los platitos de entremeses llenos de salazones y especias, formaban el adorno de todo alrededor; había de trecho en trecho jarros de vino rosado helado; cinco copas de diferente tamaño estaban alineadas delante de cada sitio, con cosas de uso desconocido, mil utensilios de boca ingeniosos; y solo para el primer servicio se contaba: una cabeza de sollo rociada de champagne; un jamón de York con tokai; zarzales al frito; codornices asadas; un *vol-au-vent* Béchamel, un salteado de perdices rojas, y á los dos extremos de todo, esto hileras de patatas mezcladas con trufas. Una araña y varios candelabros alumbraban la habitación, colgada de damasco encarnado. Cuatro criados, de frac negro, se hallaban situados detrás de los sillones de tafilete. Ante

aquel espectáculo, los convidados se deshicieron en ponderaciones, el preceptor especialmente.

—Palabra de honor que nuestro anfitrión ha hecho verdaderas locuras. Esto resulta demasiado hermoso.

—¿Esto?—dijo el vizconde de Cisy—venga venga. Y á la primera cucharada añadió:

—Respetable des Aulnays ¿ha estado usted en el palacio Real á ver *Padre y Portero*?

—Ya sabes que no tengo tiempo—contestó el marqués.

Sus mañanas se dedicaban á un curso de arboricultura, sus noches al Círculo Agrícola, y todas sus tardes á estudios en las fábricas de instrumentos aratorios. Vivía en la Saintonge las tres cuartas partes del año, y aprovechaba sus viajes á la capital para instruirse. Su sombrero de alas anchas, colocado sobre una consola, estaba lleno de folletos.

Cisy advirtió de que de Forchambeaux rechazaba el vino y exclamó:

—Beba usted ¡qué demonio! No está usted alegre por ser esta la última comida de soltero á que asiste.

Al oír aquellas palabras, todos se inclinaron felicitándole.

—Y la joven—dijo el preceptor—será encantadora, seguramente.

—¡Pardiez!—exclamó Cisy—Pero no importa, hace mal: ¡es tan estúpido el casamiento!

—Hablas ligeramente, amigo mío—replicó el Sr. des Aulnays, derramando una lágrima al recuerdo de su difunta.

Y Forchambeaux replicó muchas veces seguidas, con risa falsa:

—Ahí parará usted también, ahí parará usted.

Cisy protestó. Él prefería «divertirse, ser libre.» Quería aprender á manejar los puños, para visitar los barrios bajos de la *Cité* como el príncipe Rodolfo de los *Misterios de París*; sacó de su bolsillo un *rompe-cabezas* trataba con aspereza á los criados, bebía excesivamente; y, para dar de sí buena opinión, denigraba todos los platos. Despreció hasta las trufas, y el Preceptor, que se deleitaba con aquello, dijo con bajeza:

—Esto no vale lo que aquellos huevos helados de su señora abuela.

Después se puso á hablar con su vecino el agrónomo, que encontraba en la residencia del campo muchas ventajas, aunque no fuera más que la de educar á sus hijos en gustos sencillos. El preceptor aplaudía aquellas ideas y le adula, suponiéndole influencia con su discípulo, de quien secretamente deseaba ser el agente de negocios.

Federico venía lleno de mal humor contra

Cisy; su necedad le había desarmado. Pero sus gestos, su figura, toda su persona, al recordarle la comida del café Inglés, le molestaba más y más; y escuchaba las observaciones desagradables que hacía á media voz el primo José, buen muchacho, sin fortuna, aficionado á la caza, y estudiante con plaza de gracia. Cisy, á manera de broma, le llamó «ladrón» muchas veces. De repente, dijo:

—¡Ah! el barón!

Entonces entró una persona de treinta años, que tenía algo de rudo en la fisonomía, de suelto en sus ademanes, con el sombrero en la oreja y una flor en el ojal. Aquel era el ideal del vizconde. Quedó éste encantado por su venida, y excitándole su presencia, hasta intentó un *quid pro quo*, pues dijo al pasar un gallo silvestre:

—Este el mejor de los caracteres del campo ó de la Bruyère.

A seguida dirigió al Sr. de Comaing multitud de preguntas sobre personas desconocidas para los demás, y por fin, como dominado por una idea, le dijo:

—¿Diga usted ha pensado usted en mí?

El otro se encogió de hombros.

—No tiene usted edad, niño mío, imposible.

Cisy le había rogado que le presentara en su Club. Pero el barón, apiadándose sin duda de su amor propio, añadió:

—¡Ah! se me olvidaba. Mil felicitaciones por la apuesta, querido.

—¿Qué apuesta?

—La que hizo usted en las carreras, de ir en en la misma noche casa de aquella señora.

Federico sintió como la sensación de un latigazo. Pero enseguida se calmó, al ver la fisonomía desconcertada de Cisy.

Con efecto, la Mariscala, desde el día siguiente, se arrepintió, cuando Arnoux, su primer amante, su hombre, se presentó aquella mañana.

▲ Ambos habían hecho comprender al vizconde que «molestaba,» y lo habían despedido con pocos miramientos.

Así es que hizo como que no entendía. El barón agregó:

—¿Qué es de ella, de la valiente Rosa?... ¿Conserva siempre sus hermosas piernas? demostrando con estas palabras que la conocía íntimamente.

A Federico le contrarió el descubrimiento.

—No hay por qué ruborizarse—dijo el barón—es un bonito negocio.

Cisy chasqueó la lengua.

—¡Pché! no tan bonito.

—¡Ah!

—Dios mío, sí. En primer lugar, yo no le encuentro nada de extraordinario; y después, se

tienen semejantes cuantas se quieran, porque en fin... es de las que se venden.

—No á todo el mundo—contestó acremente Federico.

—¡Se cree diferente de los demás!—replicó Cisy—¡qué broma!

Y la risa fué general en la mesa.

Federico sintió que le ahogaban los latidos de su corazón, y bebió dos vasos de agua seguidos. Pero el barón había conservado buen recuerdo de Rosanette.

—¿Sigue siempre con un tal Arnoux?

—No sé náda—contestó Cisy.—No conozco á ese señor.

Añadió, sin embargo, que era una especie de petardista.

—Un momento —gritó Federico.

—Con todo, la cosa es cierta. Hasta ha tenido un proceso.

—Eso no es verdad.

Federico se puso á defender á Arnoux. Él garantizaba su probidad, acabó por creer en ella, inventaba cifras, pruebas. El vizconde, lleno de rencor, y que además estaba ébrio, se empeñó en sus afirmaciones, tanto, que Federico le preguntó sériamente:

—¿Lo hace usted para ofenderme; caballero?

Y lo miraba con las pupilas ardientes como su cigarro.

—¡Oh, no, de ningún modo; hasta le concedo á usted que tiene algo bueno: su mujer.

—¿La conoce usted?

—¡Pardiez! todo el mundo conoce á Sofia Arnoux.

—¿Dice usted?...

Cisy, que se había levantado, replicó balbuceando:

—Todo el mundo conoce eso.

—¡Cállese usted, no son esas las que usted visita.

—Me felicito de ello.

Federico le tiró á la cara su plato, que pasó por encima de la mesa, derribó dos botellas, rompió una compotera, y haciéndose añicos contra el centro, que quebró en tres pedazos, dió en el vientre del vizconde.

Todos se levantaron para contenerle. Él luchaba gritando, presa de una especie de frenesí; el Sr. delos Aulnays repetía:

—Cálmense, vamos, querido niño.

—Pero esto es espantoso—vociferaba el preceptor.

Forchambeaux, lívido como las ciruelas, temblaba: José reía á carcajadas; los mozos secaban el vino y recogían del suelo los restos, y el barón fué á cerrar la ventana, porque el ruido, á pesar del que hacían los coches, hubiera podido oírse desde el bulevar.

Como todo el mundo en el momento de ser lanzado el plato, hablaba á la vez, fué imposible descubrir la causa de aquella ofensa, si era por Arnoux, por la señora de Arnoux, por Rosanette ó por otra persona.

Lo único cierto era la incalificable brutalidad de Federico, que positivamente rehusó el manifestarse pesaroso de haberla cometido.

El señor de los Aulnays procuró dulcificarlo, el primo José, el Preceptor, el mismo Forchambeaux. Durante este tiempo el barón confesaba á Cisy que, cediendo á una debilidad nerviosa, derramaba lágrimas. Federico, por el contrario, se irritaba más cada vez, y así se hubieran estado hasta por la mañana si el barón no hubiera dicho para terminar:

—Caballero, el vizconde enviará á su casa de usted mañana los padrinos.

—¿Hora?

—A medio día si le parece á usted bien.

—Perfectamente, caballero.

Federico, una vez fuera, respiró á pulmones llenos. Hacía mucho tiempo que contenía su corazón. Acababa por fin de satisfacerle; experimentaba cierto orgullo de virilidad, una superabundancia de fuerzas íntimas que le embriagaban. Necesitaba de dos padrinos. El primero en quien pensó fué en Regimbart, dirigiéndose inmediatamente hacia un café de la calle de

San Dionisio. La delantera estaba cerrada; pero brillaba luz en los cristales de encima de la puerta. Abrióse ésta y entró, encorvándose mucho.

Una vela de sebo, en el borde del mostrador, alumbraba la sala desierta. Todos los taburetes, con las patas al aire, estaban colocados encima de las mesas. El dueño y la dueña con un mozo cenaban en el ángulo de cerca de la cocina; y Regimbart, con el sombrero puesto, participaba de la comida, y aun molestaba al mozo, que á cada bocado se veía obligado á volverse un poco de lado. Federico le contó la cosa brevemente y reclamó su ayuda. El ciudadano empezó por no contestar nada; movía los ojos con aire de reflexionar; dió bastantes vueltas por la sala, y dijo por último:

—Sí, con mucho gusto.

Y una sonrisa homicida desarrugó su ceño, al saber que era un noble el adversario.

—Le haremos andar de prisa, tranquilícese usted. En primer lugar... con la espada...

—Es que quizás—objetó Federico—no tenga yo el derecho...

—¡Yo le digo á usted que es preciso escoger la espada!—replicó brutalmente el ciudadano.

—¿Sabe usted tirar?

—Un poco.

—¡Ah, un poco! Vea usted cómo son todos.

Y sienten la rabia de dar asalto. ¿Qué prueba la sala de armas? Escúcheme usted: manténgase usted bien á distancia encerrándose siempre en círculos, y rompa usted, rompa usted. Eso está permitido. Cánsele usted; después á fondo sobre él francamente. Y sobre todo, fuera malicia; nada de golpes á La Fougère, no; simples, uno, dos, librar la espada, ponerla en disposición de dominar la del adversario. ¿Vé usted? Volviendo el puño como para abrir una cerradura. Tío Bautier, déme usted su bastón. ¡Ah! Esto basta.

Y empuñó la barrilla que servía para encender el gas, encorbó el brazo izquierdo dóbló el derecho y se puso á tirar botonazos contra el tabique. Golpeaba con el pié, se animaba, hasta fingía tropezar con dificultades, gritando: «Estás, estás ahí?» y su silueta se proyectaba en la pared, con su sombrero que parecía tocar en el techo. El cafetero decía de cuándo en cuándo: «Bravo; muy bien.» Su esposa lo admiraba también, aunque conmovida; y Teodoro, antiguo soldado, permanecía enclavado de embobamiento, viéndolo; porque era además fanático por el Sr. Regimbart.

Al día siguiente, temprano, corrió Federico al almacén de Dussardier. Después de una serie de piezas, todas llenas de telas medidas en anaqueles, ó extendidas de través sobre mesas, mientras que en algunos sitios perchas de made-

ra sostenían chales, lo percibió en una especie de caja enrejada, en medio de registros, y escribiendo de pié sobre un pupitre. El valiente muchacho dejó inmediatamente su trabajo.

Los padrinos llegaron antes del mediodía. Federico, por bien parecer, creyó que no debía asistir á la conferencia.

El barón y José declararon que se contentarían con las excusas más sencillas. Pero Regimbart, tenía por principio no ceder nunca, y quería defender al Sr. de Arnoux (Federico no le había hablado de otra cosa), pidió que el vizconde diera las satisfacciones. El Sr. de Comaing se indignó con la jactancia. El ciudadano no pensaba ceder. La conciliación se hizo imposible: se batirían.

Otras dificultades surgieron, porque la elección de armas legalmente correspondía á Cisy, como ofendido. Pero Regimbart sostuvo que, por el envío del cartel, se constituía en ofensor. Los padrinos afirmaron que un bofetón, era, sin embargo, la más cruel de las ofensas. El ciudadano discutió las palabras, puesto que un golpe no era un bofetón. Por último se decidió consultar el caso con militares y los cuatro padrinos salieron para celebrar la consulta con oficiales de un cuartel cualquiera.

Detuviéronse en el del muelle de Orsay. El Sr. de Comaing abordó á dos capitanes y les

expuso la cuestión. Los capitanes no comprendieron nada, embrollados con las frases incidentales del ciudadano; y aconsejaron á aquellos señores que escribieran el asunto, después de lo cual determinarían. Fuéronse entonces á un café, y hasta para hacer las cosas con la mayor discreción, designaron á Cisy por H, y á Federico por una K.

Luego volvieron al cuartel. Los oficiales habían salido; se presentaron á poco y declararon que evidentemente la elección de armas correspondía al Sr. H. Todos fueron á casa de Cisy. Regimbart y Dussardier se quedaron en la acera.

Cuando el vizconde conoció la solución, se turbó de tal manera, que hizo que se la repitieran muchas veces; y cuando el señor de Comaing llegó á las pretensiones de Regimbart, murmuró «sin embargo», no estando él lejos de aceptarlas.

Después se dejó caer en una butaca y declaró que no se batiría.

—¿Eh? ¿Cómo?—dijo el barón.

Entonces Cisy se entregó á un flujo labial desordenado. Quería batirse á trabuco, á quemarropa, con una sola pistola.

—O se pondrá arsénico en un vaso y se escogerá por suerte. Eso se hace algunas veces. ¡Lo he leído yol.

El barón, poco paciente de ordinario, le trató con dureza.

—Esos señores esperan la respuesta de usted. Esto es indecente á la verdad. ¿Qué elige usted, veamos: la espada?

El vizconde replicó «sí» por un movimiento de cabeza, y la cita se fijó para el día siguiente en la puerta Maillot, á las siete en punto.

Dussardier tenía precisión de volver á sus negocios y Regimbart fué á avisar á Federico.

Le habían dejado todo el día sin noticias, y su impaciencia se había hecho intolerable.

—Tanto mejor—exclamó.

El ciudadano quedó satisfecho de su actitud.

—¿Creerá usted que nos exigfan excusas? Casi nada, una sola palabra. Pero yo les he enviado lindamente á paseo. Como debía, ¿no es verdad?

—Indudablemente—dijo Federico, aunque pensando que hubiera hecho mejor buscando otro padrino.

Después, cuando se encontró solo, repitió muy alto y muchas veces:

—Voy á batirme, calla, voy á batirme. Es preciso.

Y como al pasearse por el cuarto se detuviera delante de un espejo y apercibiera que estaba pálido, dijo:

—¿Tendré quizás miedo?

Una abominable angustia le sobrecogió á la idea de tener miedo sobre el terreno.

—Sin embargo, ¿si yo muriera? Mi padre fué muerto del mismo modo. Sí, me matarán.

Y de repente, vió á su madre vestida de negro; imágenes incoherentes se desenvolvieron en su cabeza. Le exasperó su propia cobardía, y se entregó á un paroxismo de bravura, á una sed carnícera. Un batallón no le habría hecho retroceder. Calmada la fiebre aquella, se sintió con alegría inquebrantable. Para distraerse, se fué á la Opera, donde había baile. Oyó la música, dirigió los gemelos á las bailarinas, y bebió un vaso de ponche en el entreacto.

Pero al entrar en su casa, la vista de su gabinete, desus muebles, donde quizás se encontraba por última vez, le produjo una cierta debilidad.

Bajó á su jardín. Las estrellas brillaban y las contempló. La idea de batirse por una mujer le agrandaba á sus ojos, le ennoblecía. Después fué á sentarse tranquilamente.

No fué para Cisy lo mismo. Luego que se marchó el barón, José había procurado animar su espíritu, y como el vizconde permaneciera frío, exclamó:

—Si es que prefieres, valiente mío, que las cosas queden así, iré á decirlo.

Cisy no se atrevió á decir «ciertamente»,

pero le disgustó que su primo no le prestara aquel servicio sin hablarle de él.

Deseaba que Federico se muriese durante la noche de un ataque de apoplejía, ó que se produjera una conmoción popular y hubiera por la mañana tantas barricadas que quedaran cerradas todas las entradas del bosque de Boloña, ó que algún acontecimiento impidiera á uno de los padrinos acudir al sitio, porque el duelo no tendría lugar á falta de testigos. Le dieron ganas de escapar por algún tren expreso, á cualquier parte. Lamentó no saber medicina para tomar algo que sin exponer su vida, hiciera creer en su muerte. Y luego hasta desear ponerse gravemente enfermo.

Para oír un consejo, recibir algún auxilio, envió á buscar al Sr. des Aulnays. Pero el excelente hombre se había vuelto á Saintonge, por un telegrama en que le noticiaban la indisposición de una de sus hijas. Aquello pareció de mal augurio á Cisy. Felizmente el Sr. Vezou, su preceptor, vino á verle. Entonces se expansionó.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

—Yo en lugar de usted, señor conde, pagaría un ganapan para que le propinara una felpa.

—Siempre sabría la procedencia,—contestó Cisy.

Y de cuándo en cuándo lanzaba un gemido. Después añadió:



—¿Pero es que tiene uno derecho de batirse en desafío?

—Es un resto de barbarie ¿qué quiere usted?

Por complacencia, el pedagogo se invitó á sí propio á comer; su discípulo no probó bocado, y después de la comida, experimentó la necesidad de dar una vuelta.

Dijo, al pasar por delante de una iglesia:

—¡Si entráramos un momento... para ver!

El Sr. Vezou lo estimó oportuno y hasta le dió agua bendita.

Era el mes de María, las flores cubrían el altar, cantaban las voces y sonaba el órgano. Pero le fué imposible orar; porque las pompas de la religión le inspiraban ideas de funeral, oía como el murmullo del *De profundis*.

—Vámonos, no me encuentro bien.

Toda la noche la emplearon en jugar á las cartas. El vizconde se esforzaba en perder, para conjurar la mala suerte, cosa de que se aprovechó el Sr. Vezou. En fin, al amanecer, Cisy que ya no podía más, se echó sobre la alfombra y tuvo un sueño lleno de pesadillas desagradables.

Si el valor, sin embargo, consiste en querer dominar la debilidad, el vizconde fué valeroso, porque á la vista de sus padrinos, que vinieron á buscarle, se irguió con todas sus fuerzas, porque la vanidad le hizo comprender que un re-

troceso le perdía. El Sr. de Comaing le cumplimentó por su buen semblante.

Pero en el camino, el balanceo del coche y el calor del sol matinal le enervaron. Su energía cayó, y ni aun distinguía dónde estaban.

El barón se divirtió en aumentar su terror, hablando del «cadáver» y de la manera de entrarlo en la villa, clandestinamente. José replicaba; ambos juzgando el asunto ridículo, estaban persuadidos de que se arreglaría.

Cisy llevaba la cabeza sobre el pecho; la levantó nuevamente é hizo observar que no habían traído médico.

—Es inútil—dijo el barón.

—¿Entonces es que no hay peligro?

José contestó con gravedad:

—Es de esperar.

Y nadie habló más en el coche.

A las siete y diez minutos llegaron á la puerta Maillot. Federico y sus padrinos estaban allí, los tres vestidos de negro. Regimbart, en vez de corbata, tenía un corbatín como el de los soldados y una especie de caja de violón, especial para aquel género de aventuras. Se cambió un saludo frío, y después penetraron todos en el bosque de Boloña, por el camino de Madrid, para encontrar allí un sitio conveniente.

Regimbart dijo á Federico, que iba entre él y Dussardier:

—Y bien, ¿cómo andamos de miedo? Si tiene usted necesidad de algo no se contrarie usted, conozco estas cosas. El temor es natural en el hombre.

Déspués, en voz baja, añadió:

—No fume usted, eso debilita.

Federico tiró su cigarro, que le molestaba, y continuó con pié firme. El vizconde venía detrás apoyado en el brazo de sus dos padrinos.

Pocos transeuntes encontraron. Estaba el cielo azul, y se oía de trecho en trecho cómo saltaban los conejos. A la vuelta de una senda, una mujer de pañuelo, hablaba con un hombre de blusa, y en la gran avenida, debajo de los castaños, algunos criados con chalecos de dril paseaban caballos.

Cisy recordaba los días felices en que montado sobre su alazán y en el ojo su lente, cabalgaba á la portezuela de los carruajes; aquellos recuerdos aumentaban su angustia; una sed intolerable le abrasaba; el susurro de las moscas se confundía con los latidos de sus arterias; sus piés se hundían en la arena; le parecía que estaba hacia una infinidad de tiempo andando.

Los padrinos, sin detenerse, escudriñaban con la vista las dos orillas del camino. Deliberaron si se iría á la Cruz Catelan ó debajo de los muros de Bagatela. Por fin tomaron á la derecha, y se detuvieron en una especie de cuadro, entre

pinos. El sitio fué escogido de manera que quedara dividido igualmente el nivel del terreno. Se señalaron los dos puestos en que los adversarios debían colocarse. Enseguida Regimbart abrió la caja, que contenía, sobre un forro de badana encarnada, cuatro espadas preciosas, con empuñaduras adornadas de filigrana, hueco el centro del estuche. Un rayo luminoso, atravesando las hojas, cayó encima; y parecieron á Cisy que brillaban como víboras de plata sobre un charco de sangre.

El ciudadano hizo ver que eran del mismo largo; tomó la tercera para él mismo, á fin de separar á los combatientes en caso de necesidad. El Sr. de Comaing llevaba un bastón. Hubo un momento de silencio. Miráronse, y todas las caras manifestaban algo de espantado ó de cruel.

Federico se había quitado su levita y su chaleco. José ayudó á que Cisy hiciera lo propio; desataba su corbata, vióse á su cuello una medalla bendecida, cosa que valió una risa de compasión á Regimbart.

Entonces el Sr. de Comaing (para dejar á Federico un instante más de reflexión) intentó suscitar algunos ardides. Reclamó el derecho de ponerse un guante, el de cojer la espada de su adversario con la mano izquierda; Regimbart, que tenía prisa, no se opuso. Por último el barón, dirigiéndose á Federico, dijo:

—Todo depende de usted, caballero. Nunca hay deshonor en reconocer las propias faltas.

Dussardier aprobaba con el gesto. El ciudadano se indignó.

—Se cree usted que estamos aquí para desplumar los patos ¡eh!... ¡En guardia!

Los adversarios se hallaban uno frente á otro, sus respectivos padrinos de cada lado. Él dió la señal.

—Vamos.

Cisy se puso horriblemente pálido. Su hoja temblaba por la punta como un látigo. Su cabeza se caía, sus brazos se separaron, y cayó de espaldas desvanecido. José le levantó, y poniéndole en las narices un frasco, le sacudía fuertemente. El vizconde abrió los ojos, y después, de repente, saltó sobre su espada como un furioso. Federico conservaba la suya, y le esperaba, la vista fija, alta la mano.

—¡Detenéos, detenéos! gritó una voz que procedía del camino, al mismo tiempo que el ruido de un caballo á galope; la capota de un cabriolé rompía las ramas. Un hombre inclinade hacia fuera agitaba su pañuelo y seguía gritando: ¡Detenéos, detenéos!

El Sr. de Comaing, temiendo una intervención de la policía, levantó su bastón.

—Terminemos, pues; el vizconde sangra.

—¿Yo?—dijo Cisy.

Con efecto, al caer se había desollado el pulgar de la mado izquierda.

—Pero ha sido al caerse—contestó el ciudadano. El barón fingió no oírle.

Arnoux había saltado del cabriolé.

—¿Llego demasiado tarde? no; ¡gracias á Dios!

Tenía estrechamente abrazado á Federico, le palpaba, le cubría de besos la cara.

—Conozco el motivo; ha querido usted defender á su antiguo amigo. Eso es hermoso, hermoso. Jamás lo olvidaré. ¡Qué bueno es usted! ¡Ah, querido hijo!

Lo contemplaba y derramaba lágrimas, sonriendo de felicidad. El barón se volvió á José, y le dijo:

—Creo que estamos de más en esta pequeña fiesta de familia. Esto ha concluído ¿no es verdad, señores? Vizconde, ponga usted su brazo en cabestrillo; aquí tiene usted mi pañuelo.

Después, añadió con gesto imperioso:

—Vamos, fuera rencor, es lo que procede.

Los dos combatientes se estrecharon la mano suavemente. El vizconde, el Sr. de Comaing y José desaparecieron por un lado, y Federico se fué por el otro con sus amigos.

Como el *restaurant* de Madrid no estaba lejos, Arnoux propuso ir allí á tomar un vaso de cerveza.

—Y hasta podríamos almorzar—dijo Regimbart.

Pero Dussardier no tenía bastante tiempo, y se limitaron á un refresco en el jardín. Todos experimentaban esa beatitud que sigue á los acontecimientos felices. El ciudadano, sin embargo, estaba fastidiado con que hubieran interrumpido el duelo en el momento oportuno.

Arnoux lo había sabido por un tal Compain amigo de Regimbart; y por un movimiento del corazón, corrió á impedirlo, creyendo, por otra parte, ser él la causa. Rogó á Federico que le suministrara algunos detalles. Federico, conmovido por las pruebas de su ternura, escrupulizó aumentar su ilusión, y dijo:

—Por favor, no se hable más.

Arnoux halló esta reserva muy delicada. Después, con su ligereza ordinaria, pasando á otro orden de ideas, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, ciudadano?

Y se pusieron á tratar de tráficos y vencimientos. Para estar con más comodidad, hasta se apartaron á otra mesa á cuchichear.

Federico percibió estas palabras:—Va usted á firmarme ..—Sí, pero usted, bien entendido... —Lo he negociado al fin por trescientos.—Bona comisión, á fe mía.

En resumen, que resultaba claro que Arnoux frasteaba con el ciudadano muchas cosas.

Federico pensó en recordarle sus quince mil pesetas. Pero su reciente paso prohibía los reproches, áun los más suaves. Por otra parte, estaba cansado; el sitio no era conveniente, y remitió el asunto para otro día.

Arnoux, sentado á la sombra de un ligustro, fumaba con aire alegre. Alzó los ojos hacia las puertas de los gabinetes, que todos daban al jardín y dijo que él había venido allí, en otro tiempo, con frecuencia.

—Y no solo, indudablemente,—dijo el ciudadano.

—¡Pardiez!

—¡Qué tunante es usted! Un hombre casado.

—¿Y usted?—replicó Arnoux, y con sonrisa indulgente, añadió: «Estoy seguro que este bribón posee, en alguna parte, un cuarto, en donde recibe á las chiquitas.»

El ciudadano confesó que aquello era verdad, con un sencillo fruncimiento de cejas. Entonces aquellos dos señores expusieron sus gustos; Arnoux prefería ahora la juventud, las obreras; Regimbart detestaba «las remilgadas» y estaba antes que todo por lo positivo. La conclusión que dedujo el comerciante de porcelanas fué que no debía tratarse seriamente á las mujeres.

—Sin embargo, ama á la suya;—pensaba Federico, volviéndose hacia donde estaba aquel

hombre que consideraba mala persona. Le tenía mala voluntad por aquel duelo, como si fuera por él, por quien hacía un momento arriesgaba su vida.

Pero agradecía á Dussardier su sacrificio; el dependiente, á sus instancias, llegó muy pronto á visitarle diariamente.

Federico le prestaba libros: Thiers, Dulaure, Barante, *Los Girondinos* de Lamartine. El excelente muchacho lo escuchaba con recogimiento y aceptaba sus opiniones como las de un maestro.

Una noche llegó todo asustado.

Por la mañana, en el bulevar, un hombre que corría sin aliento tropezó con él, y habiéndole reconocido como amigo de Sénecal, le había dicho:

—Acaban de prenderle y yo huyo.

Nada más cierto. Dussardier pasó el día tomando informes. Sénecal se hallaba encerrado como sospechoso de atentado político.

Hijo de un contraaestre, nacido en Lyon, y habiendo tenido por profesor á un antiguo discípulo de Chalier, en cuanto llegó á París hizo que le presentaran en la Sociedad de las Familias; y siendo conocidas sus costumbres la policía le vigilaba. Tomó parte en el asunto de Mayo de 1839, y desde entonces permanecía oscurecido, pero exaltándose cada vez más, fa-

nático por Alibaud, mezclando sus odios contra la sociedad, á los del pueblo contra la monarquía, y despertando todas las mañanas con la esperanza de una revolución que en quince días ó en un mes cambiase el mundo. Por último, descorazonado por la blandura de sus hermanos, furioso con los retrasos que oponían á sus sueños y desesperando de la patria, entró como químico en el complot de las bombas incendiarias, y le sorprendieron llevando pólvora para ensayar en Montmartre, una suprema tentativa que restableciera la República.

No la quería menos Dussardier, porque significaba, según creía, libertad y felicidad universal. Un día, tenía quince años, en la calle Transnonain, delante de una droguería, vió soldados con la bayoneta roja de sangre, con pelos pegados á la culata de sus fusiles; desde aquel tiempo le exasperaba el Gobierno como la misma encarnación de la Injusticia. Confundía un tanto á los asesinos con los gendarmes; un espía equivalía á sus ojos á un parricida. Todo el mal repartido por la tierra lo atribuía cándidamente al Poder, y lo aborrecía, con aborrecimiento esencial, permanente, que le llenaba todo el corazón y refinaba su sensibilidad. Las declamaciones de Sénecal le habían deslumbrado. Que fuese ó no culpable y odiosa su tentativa, nada importaba. Desde el momen-

to en que era víctima de la autoridad, era preciso servirle.

—Los Pares le condenarán seguramente. Después lo llevarán en un coche celular, como un presidiario, y le encerrarán en Mont-Saint-Michel, donde el Gobierno les hace morir. Austen se ha vuelto loco. Steuben se ha suicidado. Para conducir á Barbés á un calabozo le han tirado de las piernas y del pelo. Le pateaban el cuerpo, y su cabeza saltaba en cada peldaño de la larga escalera. ¡Qué abominación! ¡Misera- bles! Ahogábanle sollozos de cólera y daba vuel- tas por el cuarto, presa de una grande angustia.

—Y habrá que hacer algo. Veamos, yo no sé. Si intentáramos libertarlo ¿eh? Mientras le condu- cen al Luxemburgo, podemos arrojarnos sobre la escolta en el corredor. Una docena de hom- bres resueltos, pasan por cualquier parte.

Era tal la llama de sus ojos que Federico se asustó.

Sénécal le pareció más grande de lo que él creía. Recordó sus sufrimientos, su vida austera; sin sentir hacia él el entusiasmo de Dussardier, experimentaba, sin embargo, aquella admira- ción que inspira todo hombre que se sacrifica por una idea. Decíase que si él lo hubiera soco- rrido, Sénécal no estaría donde estaba, y los dos amigos buscaron laboriosamente alguna combinación para salvarle.

Les fué imposible llegar hasta el preso.

Federico se enteró de su suerte por los pe- riódicos, y durante tres semanas frecuentó los gabinetes de lectura.

Un día muchos números de *El Bota-fuego* cayeron en sus manos. El artículo de fondo se hallaba consagrado, invariablemente, á echar por tierra algún hombre ilustre. Venían ensegui- da las noticias del mundo, los «se dice.» Des- pués, se bromeaba acerca del Odeón, Carpentras, la piscicultura, y los condenados á muerte, cuando los había. La desaparición de un barco suminis- tró materia de broma durante un año. En la ter- cera columna, un correo de las artes, daba en forma de anécdota ó consejo, reclamos de sas- tres, con crónicas de salones, anuncios de ven- tas, crítica de obras, tratando con la misma tin- ta un volumen de versos y un par de botas. La única parte sería era la crítica de los teatros pe- queños, en la que se encarnizaban con dos ó tres directores; y los intereses del arte se invo- caban á propósito de las decoraciones, de los funámbulos ó de una dama joven de los Aban- donados.

Federico iba á tirar todo aquello cuando sus ojos tropezaron con un artículo titulado: *Una ga- lлина huera entre tres còcos*. Era la historia de su duelo, contada en estilo vivaracho, francote. Re- onocióse sin dificultad, porque le designaban